

## De Caricatura

# Ética y Estética

POR LORENZO MEYER

**C**UANDO en 1981 inicié en este oficio de escribir en un periódico, sabía que me estaba metiendo en un terreno bastante diferente —aunque no ajeno— de aquel en que me había formado y me era familiar: el académico. Supuse que por este motivo cometería algunos errores y tendría algunas sorpresas, pero en verdad que no imaginé entonces que como consecuencia de mi modesta actividad periodística alguien me haría la distinción de fijarse en mi persona como inspiración para una caricatura, pero así fue.

En efecto, el Día de Muertos, Alberto Beltrán, el caricaturista de El Día, usó toda una página de ese no muy leído diario para poner en ridículo a cinco "PANiguados", a los que dibujó de rodillas e implorantes ante el Capitolio de Estados Unidos.

★

**F**UE de esta manera como me encontré caricaturizado y en compañía de Manuel González Hinojosa, Manuel J. Clouthier, Jesús González Schmall y Alejandro Avilés. Mi supuesta imploración a Estados Unidos está tomada de una de mis últimas columnas, aunque con cambios fundamentales a cuenta de Beltrán, y dice así: "El prestigio de la élite política mexicana está por los suelos; lo vi en Boston ahora que fui invitado por el gobierno de Estados Unidos".

El lector quizá ya no recuerde la columna a la que se refiere el caricaturista de El Día, si es que la leyó, pero yo se la voy a recordar. En ella dije que, efectivamente, había ido a Boston a un congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (L.

A.S.A.), una organización no gubernamental, de carácter privado e internacional, con tradición de antiimperialismo y a la que pertenecen cientos de académicos de Estados Unidos, América Latina, Canadá y Europa; como en la actualidad soy uno de sus dirigentes por elección, tengo derecho a que se me pague el boleto y el hotel cuando soy convocado, y que es precisamente cuando hay congresos. Esto es natural y conveniente, pues así la institución en la que pres-

to mis servicios en México no tiene que desembolsar ni un centavo (bueno, esto último es un decir, ya que ahora nadie desembolsa centavos sino chorros de pesos que valen centavos).

La idea de que el prestigio de nuestra élite política está por los suelos aquí o en el extranjero no es algo que se me haya ocurrido a mí. Si Beltrán leyera y entendiera alguna otra cosa que no fuera lo que publica la prensa oficial o semioficial, podría comprobarlo sin dificultad. En la columna que molestó a Beltrán yo me concreté a decir lo obvio: en el congreso al que asistí, donde había académicos de izquierda, centro y derecha —más de los primeros que de los últimos—, del norte y del sur del río Bravo, prevalecía, entre los especialistas en temas del México contemporáneo, una actitud crítica a las políticas del gobierno actual. Lo mismo sucedió con la gran prensa norteamericana de esos días. Si tal cosa no le gusta a Beltrán y a sus jefes, no es mi culpa; a mí tampoco me gusta. No es la primera vez que me ocurre que alguien en la prensa critique lo que digo y recurra a falsedades para distorsionar mis argumentos.

**B**ELTRAN mintió al decir que fui a LASA pagado por Estados Unidos. Mintió al ponerme de rodillas frente a Estados Unidos y ahí están para probarlo mis artículos anteriores y, sobre todo, mis trabajos académicos que abordan el tema de la relación entre México y Estados Unidos. Hace tiempo, al principio de este sexenio, un hombre de paja, Enrique Castilla —criatura de una secretaría de gobierno—, me acusó en el propio EXCELSIOR de reaccionario y pronorteamericano por haber dicho que la renovación moral y el fraude electoral no se llevaban bien. Y para probar mi raíz reaccionaria, Castilla denunció que alguna vez di clases en una universidad de Estados Unidos y, además, me atribuyó la paternidad de dos obras sobre sinarquistas y cristeros que, en realidad, le corresponden a un colega francés, amigo e historiador (francés) muy renombrado y con el que tengo en común el apellido, me refiero, desde luego, a Jean Meyer. En esa ocasión, pues, le dieron mal los expedientes

a Enrique Castilla y se hizo bolas. Este escritor misterioso y defensor de la línea oficial, desapareció poco después sin dejar huella.

★

**E**N Estados Unidos y en la URSS hay instituciones dedicadas a lo que se llama la "desinformación", es decir a plantar en la prensa y en otros lugares información falsa que parezca verdadera. Es una técnica muy vieja, pero hoy llevada a cabo por expertos y de manera sistemática. En México estamos igual, pues es clara la voluntad de la élite política de recurrir a la desinformación de manera sistemática en contra de quien considera su enemigo, aunque afortunadamente carece de los recursos materiales y humanos para llevar las cosas muy lejos.

Creo que el que se me acuse de PANiguado hoy, o cristero y simpatizante de sinarquistas ayer, no

hará mella en mis lectores. Confío en que a estas alturas el lector habitual de la prensa mexicana tiene ya una gran experiencia en leer entre líneas y por tanto sabe discriminar entre lo que es auténtico y lo que no lo es.

En fin y para concluir, agradezco a Beltrán, a otros como él, el favor que me hacen por la importancia que me otorgan al atacarme, y este agradecimiento lo hago extensivo a quienes los inspiraron. Sin embargo, debo confesar que lo que realmente me molestó de la caricatura a la que he hecho referencia, no es su falta de ética al afirmar hechos falsos, sino de estética, pues el dibujo insinúa que estoy calvo, lo que, pese a mis casi 45 años, aún no es cierto. Además, Beltrán me quitó la barba que con tanto trabajo me dejé crecer. Esto es lo que verdaderamente me dolió y por lo que no voy a olvidar la afrenta del caricaturista.